

# La venganza de Amélie Nothomb

LA SUYA ES UNA VENGANZA de los excluidos, de los que han sufrido, de los inadaptados. Y, de algún modo, conforma toda la obra de Amélie Nothomb: el grito (a menudo silencioso) de los que no encajan. En su anterior novela, *Golpéate el corazón*, Nothomb ajustaba cuentas con la madre y ahora, como si formaran un díptico, lo hace con el padre en su penúltimo (muy pronto antepenúltimo) trabajo, *Nombres epicenos* (Anagrama), su libro número 27.

*Nombres epicenos* es, como no podía ser de otro modo, un cuento cruel. Otro. Esta vez no ha recurrido a las reinterpretaciones de los clásicos de Charles Perrault, como *Barba Azul* o *Riquete el del Copete* (que convirtió en una historia de amor a contracorriente con *happy end*: de nuevo, el triunfo de dos *outsiders*). Esta vez Amélie Nothomb escribe una fábula contemporánea que podría recordar a *El adversario* del francés Emmanuel Carrère. Su adversario, su monstruo,

perfecta es un hombre. Nadie es perfecto, que diría aquél.

Una vez más, Nothomb coloca al lector en el punto de vista de una niña, el más lúcido de la historia. «El tiempo de la infancia obedece a otras leyes», escribe. Y desde una mirada inocente, que pronto comprende que algo no va bien, se observa a una familia ¿perfecta? Aquí Nothomb sí usa la típica estrategia de Perrault: detrás de lo

## Literatura.

'Nombres epicenos' es un ajuste de cuentas con la figura del padre y forma una suerte de díptico con su anterior novela 'contra' la madre

aparentemente amable, naïf, se esconde el horror, lo perverso. Y lo construye con su estilo de frases cortas, directas, fluidas. Una simplicidad estilística conseguida a base de interminables noches sin dormir: «Soy insomne y durante la noche ataco el texto y lo cepillo, lo repaso y lo cepillo... Quitar es todo un ejercicio», contaba Nothomb durante la presentación de su libro en París, en la *rentrée* de 2017, con uno de sus excéntricos sombreros y vestida de riguroso negro neogótico. En eso se parece un poco a Mark Twain que siempre pedía perdón a los lectores por no haber tenido tiempo suficiente para cortar aún más sus textos. «Me gusta usar las palabras como nitroglicerina», añadía.

Una nitroglicerina que resume en apenas dos líneas, con el relato preferido de Épicènes antes de acostarse: aquél en que su padre es atropellado por un camión mientras cruza la calle y en el que un policía viene a anunciar a mamá que papá está muerto. La niña crece

entre el amor y el odio, entre dos venganzas que ni

siquiera sabe que existen (y una la ejecutará ella).

*Nombres epicenos* completa el mosaico Nothomb repitiendo algunas de sus obsesiones, como la inevitable escena con champagne («desconfiad cuando un desconocido os invita a champagne caro», recomienda), su palabra-cameo neumático (la cuela en todos sus libros) o uno de esos finales de contener la respiración. En Francia, publicará su novela número 29 esta *rentrée* en lo que ya se ha convertido en ritual de las letras galas: cada septiembre desde 1992 saca libro en Albin Michel. Otro Nothomb.



La escritora Amélie Nothomb. SANTI COGOLLUDO

Por Vanessa Graell

es el padre: un hombre que no ama ni a su esposa ni a su hija, dispuesto a destruir varios destinos. El toque de fantasía viene del *epicenos* del título: aquellos nombres mixtos que pueden ser de hombre o mujer, como Claude y Dominique en francés, el padre y la madre que bautizan a su hija como Épicènes. Un nombre que consagró Ben Jonson, contemporáneo de Shakespeare, en su obra *Epicene o la mujer silenciosa*: una comedia en la que el protagonista encuentra a la mujer perfecta, se casa con ella y descubre que en realidad la mujer

